

Fernando Carmona

«Desagregar los datos globales»

Como ya lo sugiere la respuesta de Irma Manrique hace un momento, tenemos que procurar varias cosas, una de ellas sería desagregar lo general para estudiar, para bucear más específica y concretamente el impacto, las consecuencias de la crisis capitalista internacional partiendo de una satisfactoria definición de ella.

Por distintas intervenciones que hemos escuchado pienso que se tiende a considerar el aspecto cíclico de esta crisis como si no apuntara ya —o no existiera— una fase de recuperación, incierta y todo pero en marcha por ejemplo en la economía norteamericana. Es evidente que, en cualquier caso, los caracteres reales, los cambios en el desarrollo del ciclo económico metropolitano vendrían a proporcionar un dato muy importante en cualquier intento de previsión, que debe considerar, naturalmente, las perspectivas de la economía capitalista en su conjunto y en su relación contradictoria con el sistema socialista. Entre otras cosas, seguirán presentes sin duda diversas fluctuaciones y cambios en los módulos del desarrollo capitalista global y siempre habrá elementos que nos recuerden que junto a los aspectos propiamente cíclicos están los estructurales permanentes (que a la vez incluyen el ciclo capitalista); y estos hechos seguirán incidiendo, incluso más que en el pasado, sobre la economía y la sociedad mexicanas, ahora *más integradas* en el proceso histórico del capitalismo mundial.

Como traté de expresarlo ayer, debemos tener una concepción más clara sobre la contradicción fundamental capitalismo/socialismo y tratar de entender mejor la fase actual de la crisis *general* del primero en su etapa monopolista de Estado, que tiene marcadas expre-

siones en el sistema monetario y financiero internacional como las que en la anterior reunión nos recordaba Arturo Bonilla, pues todo esto tiene inequívocas consecuencias para países como México. Entre otras cosas, tendríamos que analizar concretamente el impacto del *proceso devaluatorio* acompañante de la inflación capitalista, las vicisitudes de expansión y contracción económica en las metrópolis y los cambios en el comercio mundial sobre las relaciones económicas internacionales de nuestro país, en las cuentas de mercancías y de servicios y en las de capitales, en los movimientos de entrada y salida de divisas, a la luz de los cambios en la división internacional de trabajo y su incidencia sobre las condiciones del proceso *interno* de acumulación y su impacto sobre la producción, la productividad, los costos y los precios en cada una de las distintas ramas y sectores de la economía mexicana. En fin: analizar concretamente nuestra economía en el espacio y en el tiempo, dentro del proceso histórico pero en un nivel menos abstracto y general, aunque a partir de una correcta conceptualización teórica y metodológica totalizadora. Lo que Arturo ha señalado en otra ocasión en su esquema sobre la readaptación de los precios y salarios, en el proceso de inflación-devaluación-inflación, por ejemplo, no constituye un proceso automático y lineal, ni se presentará con intensidad uniforme, al mismo tiempo, en todas las ramas de la economía y para todas las mercancías y todos los servicios.

Está claro que lo que podemos —y nos proponemos— intentar ahora es mucho más modesto que lo antes señalado. Pero conviene no perder de vista algunos datos fundamentales. Hay experiencias mexicanas que valdría la pena que los compañeros que investigan estos temas trataran de rastrear para comprender mejor las diferencias estructurales entre las devaluaciones de 1976 y las de 1954, y 1948-49 y 1938, ocurridas todas ellas en el marco del capitalismo monopolista dependiente y subdesarrollado, pero en fases distintas de su desarrollo, que nos auxiliarían para alcanzar una mejor comprensión científica de los fenómenos actuales al descomponer —al analizar— los diversos agregados y los cambios que propiciaron en la estructura de clases y la lucha de clases. Después de todo, la devaluación del 48, por ejemplo, no desenlazó en este país en formas más democráticas del Estado ni en una economía más independiente, ni en una mayor *autonomía y nivel de organización*, sindicales, políticos e ideológicos, del creciente número de trabajadores, sino en el inicio de la fase de capitalismo monopolista de Estado, una más profunda dependencia estructural y la consolidación del sistema de control obrero del «cha-

rrismo», que nace con dicha denominación coloquial casi coincidiendo con el reajuste cambiario de ese año.

Lejos estoy de sugerir ningún enfoque mecanicista para nuestras interpretaciones; quiero más bien llamar la atención al peligro de caer ahora en el mecanismo y en generalizaciones excesivas y antidia-lécticas. Es decir, el manejo de esquemas como los que aquí hemos presentado los ponentes de estas sesiones es indispensable en el análisis económico, pero necesitaríamos desagregarlos al máximo que seamos capaces y con la participación de todo el personal académico del Instituto, con una división de trabajo según el campo principal de profundización de cada quien, y verlos en la concreción, la especificidad y el dinamismo histórico reales de sus principales componentes.

Ojalá podamos avanzar juntos en el futuro hacia este propósito a mejor paso que hasta hoy.

Contradicción principal y luchas proletarias

Ahora bien, respecto a algunas de las preguntas encaminadas directamente al que habla yo diría que tienen un común denominador, un mismo tronco central de preocupación: el de cómo un fenómeno general, totalizador, como es la devaluación, expresivo de relaciones y luchas reales entre las clases sociales, habrá de incidir concretamente sobre los grandes contingentes de asalariados, del proletariado, y el pueblo trabajador en general; cómo afectará las luchas de ese proletariado en sus distintas capas y qué tipo de programa de acción sería el más adecuado para encaminar del mejor modo sus líneas de defensa y avance. La pregunta del compañero Carlos Schaffer enmarca estos aspectos al referirse a la contradicción cada vez mayor entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción en la sociedad mexicana.

Interpreto así la pregunta formulada por Luis Sandoval: ¿Qué podría plantearse en estos momentos con una inmediatez, una claridad, una consecuencia suficientes en favor de los trabajadores?; ¿qué medidas programáticas, así sea en forma enunciativa, pero que cubran aspectos de importancia para su lucha de defensa de su ingreso y su propio ulterior desarrollo que permitan perfilar una alternativa a la política de la burguesía?

Desde luego, no estoy calificado para dar una respuesta que no sean unas cuantas reflexiones desprendidas del análisis general que hemos hecho en estas dos sesiones. Pero me parece, de nuevo, que es muy importante desagregar nuestro gran tema central, el proleta-

riado en este caso, propósito que no puedo siquiera intentar ahora. Me limito a llamar la atención a que la heterogeneidad del proletariado mexicano es manifiesta; hay una diferenciación entre los sectores organizados y no organizados sindicalmente; pero ni siquiera podría dejarse el análisis en este nivel sino que es necesario considerar sus diversas capas y sus distintas condiciones, al menos dentro de cada uno de esos sectores, sobre todo en la etapa contemporánea en que están presentes los efectos de la revolución científico-tecnológica en todo el mundo capitalista.

Habría que subrayar que un fenómeno como éste de la devaluación que fortalece al capital monopolista (como parece que había consenso ayer entre nosotros), que debilita, incluso, a capas de la propia burguesía, y que, en fin, puede abrir posibilidades a unos capitalistas y cerrarlas a otros como decía Irma Manrique y como podríamos seguramente testificar, con alguna dificultad desde luego, con sólo analizar los componentes de la economía nacional, es un fenómeno que ahonda las desigualdades de todo el proceso socioeconómico. Por esto mismo, porque la devaluación concentra o tiende a concentrar utilidades y al mismo tiempo disminuye o tiende a disminuir el ingreso real y el fondo de consumo de los trabajadores asalariados y otras capas del pueblo trabajador, es un fenómeno que exacerba las condiciones en las cuales se expresan las distintas contradicciones económicas y sociales, entre ellas, destacadamente, la contradicción capitalista *fundamental* a que aludía Carlos y a partir de ella, la que llamamos *principal*, que se presenta entre la burguesía y el proletariado, aunque, como bien lo sabemos en México, no por ello las expresiones políticas de esta agravada contradicción principal ocupen automáticamente el primer plano en la constelación de luchas de clases, incluso durante un largo periodo, sobre todo ahora que concluida la etapa «electoral», con un nuevo presidente electo que asumirá el mando dentro de dos meses y medio y con los ajustes a la política estatal a consecuencia de la devaluación se ha vuelto patente lo que indicaba Emilio Romero: que la correlación de fuerzas políticas se ha vuelto aún más desfavorable para el proletariado.

Las formas de expresión de dichas contradicciones en las ciudades y en el campo tampoco son iguales, ni las consecuencias son idénticas para el proletariado *obrero y el no obrero* y el *ocupado y el desocupado*, o para las capas sociales intermedias y otros sectores sociales. Se planteó por ahí una pregunta sobre un aspecto que apenas hemos tocado sobre el impacto de la devaluación en las masas en el medio rural mexicano, que no pretenderé contestar ahora, además de que

hay más de un aspecto sobre los que yo no tengo suficiente claridad en estos momentos. Sin embargo, es claro que, en general, las consecuencias no serán idénticas para los exportadores de ciertos artículos agropecuarios que para los productores que abastecen el mercado interno, para los grandes y los pequeños capitalistas rurales y, sobre todo, para las masas de proletarios y semiproletarios en las diversas ramas agropecuarias que constituyen lo más delgado —y lo más numeroso— de la cuerda.

De otro lado, si se exagera la contradicción principal se crean también condiciones políticas —objetivas y subjetivas— distintas para la lucha entre las clases *básicas* del sistema; y lo que es más importante, se abren las perspectivas para llevarla a cabo en términos de mayor viabilidad para los trabajadores. Lo más importante es que haya organizaciones capaces de encabezarla, a manera de que la lucha trascienda el mero economismo y el reformismo y alcance planos políticos que expresen y a la vez contribuyan a una más firme conciencia de clases de los obreros, a extender su capacidad política de alianza con otras capas proletarias urbanas y rurales así como con otros sectores del pueblo trabajador que tienen intereses afines, a «voltear la tortilla» como reza la vieja expresión española y sudamericana.

A mi juicio —insisto— el problema *esencial* no ha cambiado, es el problema que ya teníamos el 31 de agosto, sólo que la inflación se acelera ahora desmesuradamente, las condiciones que favorecen al capital monopolista se agrandan, las condiciones para la acción del Estado capitalista también se modifican y se han agudizado todas las contradicciones, pero todavía no hay una alternativa programática para los trabajadores sólidamente apoyada en la teoría, ni se han superado las más graves limitaciones organizativas, ni sus capas decisivas han trascendido el marco político, el reformismo y la ideología de la pequeña burguesía, la burguesía y la oligarquía mexicanas.

Contradicción fundamental y coyuntura política

La pregunta que formuló Carlos Schaffer nos permite considerar otros aspectos. El desarrollo del país en las últimas décadas por el mayor crecimiento de la infraestructura básica y de todas las actividades productivas e improductivas —en especial de la industria de transformación y de algunos servicios— ha dado lugar al más intenso proceso de urbanización, al acelerado aumento demográfico, a la mayor internacionalización del mercado interno, al incremento constante de los trabajadores asalariados y la consiguiente disminución

relativa de los productores «independientes», a grados más altos de integración económica y social y una mayor diversificación productiva y del comercio exterior, a una más elevada productividad general. Todo esto expresa no sólo el crecimiento de las fuerzas productivas sino la cada vez mayor *socialización* del proceso de producción.

Al mismo tiempo, no obstante su relativa debilidad el proceso de acumulación que determina estos cambios es, cada vez más, un proceso de *monopolización* en el que el capital y la acción toda del Estado cumplen un papel de primera importancia al lado y al servicio fundamental de las empresas privadas nacionales y extranjeras; y desde luego es también un proceso de apropiación privada del producto social crecientemente por el capital monopolista (nacional y extranjero), que explota ya al grueso de los trabajadores del país, pero sobre bases tales en cuanto a la composición orgánica y técnica del capital, aun en el subdesarrollo, que la ocupación no crece en proporción a las nuevas inversiones en maquinaria y otros activos fijos, y sin que la nueva inversión sea un ariete del desarrollo económico general de la magnitud que se observa en los países industrializados, sino más bien un factor de impulso a la importación «rígidamente determinada», con un mayor endeudamiento externo estatal y privado y con una relación de precios de intercambio más y más desfavorable; por lo tanto, también de la introducción al país de la inflación metropolitana y, en fin, de agudización del desequilibrio externo de la economía mexicana. El proceso de acumulación monopolista es, así, un agente activo y eficaz de la dependencia tecnológica y comercial y puerta de entrada directa e indirecta para el capital monopolista transnacional que ahonda la dependencia económica y en verdad estructural, del país.

En México, durante varias décadas prácticamente sin una crisis aguda, el incremento incesante del desempleo y la subocupación resultaba de relaciones sociales de producción —las del capitalismo del subdesarrollo, atrasado y dependiente, ya en su etapa monopolista de Estado— que mantenían a grandes masas de trabajadores y sobre todo, habían convertido a contingentes multitudinarios de una fuerza de trabajo que, igual que hoy, aumenta con más rapidez que en el pasado, en proletarios, en «asalariados modernos» como los definiera Engels, en tanto que la tasa de inversión estaba muy por debajo de la potencial, y cada vez más concentrada y centralizada, con una composición orgánica más y más alta, con enormes desigualdades y una anarquía creciente. Puede decirse que esta situación esencial caracteriza el periodo de la posguerra, especialmente desde 1950, hasta 1970.

En lo que va de los años setenta, para enfrentar la crisis se intensificó la acción del Estado en el intento de contrarrestarla, como vimos ayer, pero nada esencial cambió: como corresponde al carácter de clase del Estado y a los intereses monopolistas claramente hegemónicos en México, esa intensificada acción descubre un sentido que *refuerza* las relaciones sociales preexistentes, *activa* la monopolización y la socialización del proceso productivo así como el proceso de proletarización, *consolida* la apropiación privada monopolista del producto y el ingreso, *mantiene* baja la tasa de acumulación y a la vez eleva su composición y por ende, al agravarse la contradicción fundamental, *acelera* la tasa de desempleo y subempleo. Con la devaluación, que pone aún más al descubierto la crisis y a la vez añade nuevas complicaciones que como se examinó aquí, llevan al régimen a la estrategia «fondomonetarista», que la debilidad política de los trabajadores facilita, de reducir el gasto estatal, comprimir el ingreso real de las mayorías principalmente asalariadas e incrementar, aún más, el desempleo como «condición» —burguesa— para mejorar la tasa de ganancias, sobre todo de las empresas monopolistas, para «resolver» la crisis.

Aquí no hemos considerado, al parecer, o apenas si se ha mencionado, un aspecto que permite entender un aspecto vinculado con la expresión política de las agravadas contradicciones: que la devaluación ocurre en la coyuntura del cambio ya inminente del gobierno mexicano, o sea en una coyuntura de reacomodo de las propias fuerzas de la burguesía, de reajuste en sus instrumentos económicos, político-administrativos e ideológicos y también de las relaciones con diversos segmentos de las fuerzas de apoyo del Estado.

Por lo tanto, nos encontramos frente a una variable, permítanme llamarla así por simplicidad, que no podemos perder de vista, aunque menos aún, debemos caer en el terreno de la simple especulación. Meses atrás los principales voceros del gobierno declararon que la decisión de no devaluar era una decisión *política*. La ocasión escogida para la devaluación —después de las elecciones de julio y en la víspera del informe presidencial—, tiene también un aspecto político y mucho que ver, según parece, con ciertas formas de la decisión misma. Por lo menos así lo afirmaron con todas sus letras los responsables de la decisión —aunque, por supuesto, los desequilibrios creados por la sobrevalorización del peso eran ya incontenibles desde meses antes—, precisamente con el objeto de facilitar las cosas, allanar el terreno, darle al nuevo gobierno mejores elementos para paliar la situación de aguda crisis que la devaluación hizo aflorar, el cual podrá actuar y actuará —podemos estar seguros— en todas

las esferas, entre otras, con atención especial, en las que se expresa la contradicción principal de la burguesía con el proletariado.

Puede afirmarse que al próximo gobierno no le faltarán posibilidades para ajustar la maquinaria política de control, bastantes como para restañar fisuras interburguesas, paliar contradicciones sociales y mantener bajo control, que sé yo, a las *más concentradas, organizadas y concientes* capas del proletariado mexicano —las explotadas directamente por el capital monopolista extranjero y nacional privado y estatal, así como por las empresas «mixtas»—; pronto habremos de ver cómo ejerce su poder, que, entre otras cosas, encuentra fundamento en el control sobre las masas trabajadoras y campesinas que el régimen en su conjunto conserva firmemente en sus manos. Y también debemos recordar que por desgracia, el creciente desempleo es un factor desorganizador y despolitizador de los trabajadores y en particular de sus víctimas si antes tenían empleo y con permanencia y efectos más graves, si ya estaban subocupados o desocupados.

Urgencia de una alternativa antimonopolista

En cambio, es manifiesta la debilidad y la insuficiente capacidad política de la izquierda mexicana para conducir a las luchas proletarias en la dirección requerida, o sea la de agudizar y no paliar las contradicciones principales con la burguesía, incluso apoyándose, si cuentan con una clara perspectiva de plazo medio y largo, en las más concretas demandas inmediatas de los trabajadores, a pesar de que a menudo éstas sólo expresan contradicciones secundarias, y arribar por lo tanto, progresivamente, a un terreno mejor para las luchas de la clase mayoritaria, con el amplio estrato proletario que llamamos *clase obrera* a la cabeza, en luchas que al fin de cuentas tienen que ser, primero, por influir con fuerza y en la orientación de la política económica en su favor y después, eventualmente, por alcanzar el poder, fases de la lucha en las que nos encontramos bien atrasados en México como lo recordaba el licenciado Bonilla y hay todavía un gran trecho por recorrer.

Sin duda, una de las cosas más importantes ahora es alcanzar suficiente claridad teórica, ideológica y política, en todo lo cual algunos científicos sociales pueden hacer distintos aportes, en la medida en que su investigación sea objetiva, informada, rigurosa, seria y con un satisfactorio encuadre metodológico que considere lo esencial del proceso histórico.

Respecto a las medidas concretas a que aludía el compañero Sandoval que podrían llevarse a la gente que trabaja, cabe mencionar que muchas salieron a colación en México en las devaluaciones de 1948-49 y 1954, y antes y después de la de 1976 se cuenta con una experiencia mundial del capitalismo que es rica sin duda. Sin embargo, dentro de los límites del sistema las medidas más concretas dependen de la fuerza política de los trabajadores y no se mueven más allá de ciertos elementos como el control de los precios, el reajuste de los salarios, el control de la banca y los mecanismos monetarios, el control de los cambios, algunos reajustes fiscales, las escalas móviles de salarios y los índices que se calculan para aplicar esas escalas móviles.

Les refería yo ayer la experiencia que me tocó presenciar en 1967 en el Perú, con un gobierno que distaba mucho del reformista y nacionalista encabezado por los militares que presidió el general Velasco Alvarado, que desde un año después realizó varios cambios estructurales importantes, donde sin embargo se comprendía, por ejemplo, que si ha de haber una escala móvil de salarios también deberá haber un *índice de precios* que responda objetivamente a las variaciones de precios de los bienes y servicios que constituyen el consumo esencial de los trabajadores, y *bajo la vigilancia de éstos*. Reitero lo anterior a pesar de su obvio valor secundario porque en el pasado en México se demandó a menudo —sin lograrla— la escala móvil de salarios, pero sin aludir para nada al índice mismo de precios, como si fueran satisfactorios los que calculan el Banco de México, la secretaría de Industria y Comercio o algunas instituciones privadas por sí y ante sí, y como si cualquier persona que simplemente se encuentre en la realidad del mercado, digamos las amas de casa que saben más de esto que nosotros y que quienes calculan tales índices, no advirtieran que su poder de compra disminuye en una escala, a veces mucho mayor, que la que señalan los indicadores oficiales.

En esencia, lo que a mi juicio se requiere es un programa múltiple y concertado de acción *antimonopolista*, que responda y surja a la vez de las luchas concretas de los trabajadores y las masas del pueblo, que ayude a crear conciencia, a ubicar al enemigo *principal* y no confundirlo con los secundarios en la etapa en la que nos encontramos, y a desplegar la lucha en las condiciones que son posibles aquí y ahora, pero con una verdadera perspectiva de desarrollo que no sea la de caer en nuevos callejones sin salida, como los que pudiéramos decir, a la luz de una experiencia de repetidas derrotas durante largos años, que han constituido una especie de «vocación

histórica» en algunos sectores de la izquierda. De un programa así tendrán que formar parte medidas que modifiquen el rumbo seguido hasta hoy por la inversión, el financiamiento, la producción, el comercio exterior e interior; que actúen contra las causas estructurales de la inflación y eleven salarios reales; que impidan la especulación con alimentos y medicinas, viviendas y transportes; que permitan la extensión de servicios sociales; que aumenten el empleo y el ingreso de la mayoría... es decir, lo que no se hace. Pero lo más importante es que lleguen a la conciencia de los trabajadores y la comprensión de las causas reales de sus problemas y la decisión de luchar por resolverlos, y que dicha conciencia contribuya, sobre todo, a lograr avances organizativos y a una acción práctica que se aparte de toda desviación oportunista o dogmática y que corresponda subjetivamente a las condiciones objetivas —vuelvas aún más claras por la devaluación— trazadas para las luchas de las grandes mayorías explotadas en la etapa actual del proceso.

Necesitamos, pues, ser capaces de aprender de la realidad y aprehender a ésta, vencer nuestras limitaciones teóricas y empíricas en nuestro trabajo de investigación, salir de nuestros ámbitos estrechos al proyectar nuestros hallazgos hacia las mayorías, hacia los trabajadores, y aportar seriamente elementos para la forja de un programa antimonopolista viable para una acción de nuestro pueblo que llegue a librarlo, con su esfuerzo revolucionario, de las consecuencias de la explotación y de la anarquía capitalista de las que la devaluación es, sólo, el más reciente y dramático episodio.